



CAMBIOS EN EL CAPITALISMO MUNDIAL

En la intrincada red de transformaciones que el capitalismo avanzado ha experimentado en los últimos doce años a partir de la crisis mundial de 1974, Ugo Pipitone, en este libro, *aisla* tres elementos que, a su juicio, constituyen *claves* para el análisis de los cambios ocurridos: *la estructura productiva, el mercado de trabajo y el Estado del bienestar* o Estado social.

Vivimos en estos años un tiempo de cambios que está convirtiendo en cosa del pasado el antiguo papel central de la industria, un tiempo que es testigo del desmembramiento de la antigua homogeneidad del “mundo del trabajo”, un tiempo de profunda reorientación de la organización del Estado y de la política. Un tiempo, en síntesis, de retos a las seguridades alimentadas en el seno de los distintos cuerpos teóricos que han ocupado el centro de la escena en las últimas décadas.

El cambio más sorprendente en la estructura productiva del capitalismo avanzado reside en lo que genéricamente se denomina “desindustrialización”, que en terminología económica implica una pérdida de dinamismo en la industria, a favor de los servicios, como eje del proceso de acumulación de capital. A este cambio, afirma el autor, ha concurrido una serie de elementos desarrollados de manera amplia en la última década: el desarrollo de “políticas de bienestar”, creciente peso de la educación en la administración burocrática de las estructuras sociales y productivas,



el desarrollo de la investigación científica y tecnológica, la informática y su creciente importancia cualitativa en el proceso de “toma de decisiones”. Estos elementos han sido reforzados por la crisis misma del capitalismo, la cual se ha convertido, por ello, en un “factor propulsor fundamental” de los cambios recién observados.

Actividades “terciarias” como los servicios financieros, bancarios, de seguros, comercio al mayoreo, telecomunicaciones y transportes, articuladas al cambio tecnológico, han ganado terreno frente a las manufacturas que antaño constituyeron “actividades de punta”, como la automovilística, textil y siderúrgica.

Sin embargo, Pipitone aclara que la “desindustrialización” no significa una parálisis permanente de la industria

. . . ni las transformaciones internas de los aparatos industriales ni las dificultades de los sectores más tradicionales, deben hacer pensar en la desindustrialización como un proceso de “decadencia” de la industria. En realidad, se trata de una tendencia de largo plazo de las economías capitalistas hacia la modificación del papel central absoluto que la industria ha tenido por largo tiempo.

En el desarrollo de estos cambios en la estructura técnico-productiva del capitalismo avanzado por lo menos han concurrido dos factores adicionales para reforzarlos: la política industrial del Estado y el debilitamiento de las estructuras tradicionales del sindicalismo, desarrolladas después de la Segunda Guerra Mundial.

De esta forma, a diferencia del pasado, hoy, grandes empresas, símbolos de la época dorada del capitalismo americano, enfrentan una encarnizada competencia con medianas y pequeñas firmas que cuentan con altos niveles de productividad, tecnologías avanzadas y altas tasas de



rentabilidad. Mientras que las primeras reestructuran y reconvierten sus aparatos productivos y tecnológicos al ritmo que demanda el inusitado despliegue de la *neomodernidad*, las segundas surgen y se desarrollan con ésta.

Por otra parte, las *tendencias* en el cambio de la estructura del empleo, al parecer *homogéneas* en el conjunto del capitalismo avanzado, apuntan en varias direcciones: la baja en la población total activa del sector masculino y el aumento relativo, pero creciente, del segmento femenino en el trabajo productivo; una amplia diferenciación en la creación de nuevas fuentes de trabajo en las economías del capitalismo avanzado que ha producido un cambio en la distribución sectorial de la fuerza de trabajo a favor de los servicios. Por último, una mayor importancia y peso del *trabajo de tiempo parcial* (temporal) que viene a *flexibilizar* las relaciones con el capital y a *debilitar* el potencial revolucionario de la clase trabajadora. En esto han incidido tanto los cambios tecnológicos inducidos por el Estado como la dinámica del desempleo. Al respecto dice Pipitone:

He aquí una situación paradójica, una situación en la cual el mundo del trabajo está amenazado tanto por la desindustrialización como por la reindustrialización. La primera produce desempleo y la segunda empleos mal pagados, sin calificación y precarios. Atraso social en las relaciones laborales, bajos salarios y alta tecnología parecerían no tener problemas de convivencia recíproca.

La crisis y las transformaciones del capitalismo avanzado no han dejado incólume la estructura sindical. Los sindicatos han visto debilitadas su capacidad de negociación contractual y sus perspectivas de lucha en el contexto de la sociedad.

Según el autor, ocho causas determinan el debilitamien-



to del sindicalismo occidental: el desempleo, el aumento del empleo en los servicios, la automatización de los procesos productivos y de trabajo, la expansión del llamado “sector informal” de la economía capitalista, la exportación de capitales e instalaciones productivas, la recuperación de la iniciativa y la ofensiva empresarial, el crecimiento y mayor peso de los sectores de “cuello blanco” respecto a los obreros y, por último, lo que él denomina “crisis de la conciencia de clase”, que se traduce en la ausencia de un proyecto político alternativo favorable a los intereses de los trabajadores y a la estrategia sindical.

Quizá el tema más interesante de este libro, en la medida en que resume la problemática de las tendencias apuntadas, es el de los cambios y perspectivas del Estado social en la última década. Tema controvertido y sin solución aparente.

Dice Pipitone: “Uno de los aspectos decisivos del cambio en la organización del mundo capitalista, es el que se refiere al Estado. . . Las nuevas relaciones de fuerza que la crisis ha generado en la sociedad se expresan en el renacimiento de una crítica conservadora del Estado”. Y ¿qué viene después del desmantelamiento del Estado del Bienestar?, es una interrogante que permea hoy los análisis del Estado y el capitalismo interrogante. El autor, por su parte, propone dos salidas para responder esta pregunta: la primera alude al tipo de sistema político y de Estado que se desarrolló después de la Segunda Guerra Mundial. La segunda, al análisis de las contradicciones de dichos sistemas y la manera en que se fueron modificando.

Las tendencias al crecimiento del Estado como regulador del proceso económico, la ampliación de sus funciones sociales y el fortalecimiento de su peso específico, así como las transformaciones de los canales del proceso decisional y el desarrollo de una “constitución material”. . . Todo esto fue modificando el



Estado de derecho en una dirección institucionalmente híbrida cuyo punto de llegada ha sido indicado con la expresión: Estado social.

Este tipo de Estado, desarrollado ampliamente a partir de la década de los cincuenta, congregó en su seno tres características bien definidas: el neocorporativismo, el desarrollo de la seguridad social y de la educación, y la regulación directa de la economía por el Estado: “es este Estado social —neocorporativo, promotor del bienestar e interventor— que la crisis de mediados de los setenta comienza a golpear, intentando reorientarlo en diferentes direcciones”.

La reestructuración capitalista y la crisis de legitimidad del poder político hacen que estas direcciones cristalicen en lo que el autor llama, genéricamente, “asalto al Estado del bienestar”, es decir, reducción o nulificación de las características arriba señaladas.

Sin embargo, este “asalto” no es contra el Estado en sí, sino contra su *dimensión social* para reorientarlo hacia los negocios y las empresas. “La continuidad de esta referencia al Estado como instancia de defensa del bienestar alcanzado y como palanca para la conquista de mayores niveles de bienestar es exactamente lo que debe ser roto”.

En suma, se trata de reconstruir la *dimensión política* del *Estado autoritario*, “censor y vigilante”, y de someter la economía y la sociedad al imperio de la regulación operada por el retorno “institucional” de las “fuerzas del mercado”: fuerzas propulsoras de la reestructuración y la modernidad del capitalismo contemporáneo.

Ugo Pipitone, *El capitalismo que cambia*.
México, Ed. Era, 1986, 148 pp.

Adrián Sotelo Valencia